

Domingo 2.º después de Navidad (A)

PRIMERA LECTURA

La sabiduría de Dios habitó en el pueblo escogido

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría se alaba a sí misma, se gloria en medio de su pueblo, abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de sus Potestades. En medio de su pueblo será ensalzada, y admirada en la congregación plena de los santos; recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos y será bendita entre los benditos. El Creador del universo me ordenó, el Creador estableció mi morada: – «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad.» Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada, en su presencia, ofrecí culto y en Sión me establecí; en la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder. Eché raíces entre un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad, y resido en la congregación plena de los santos.

Salmo responsorial Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20 R. La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

SEGUNDA LECTURA

Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por eso yo, que he oído hablar de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mi oración, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

EVANGELIO

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Éste es de quien dije: “El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo.”» Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: El Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

La Sabiduría del Amor

Leemos por tercera vez en una semana el Prólogo del Evangelio de San Juan. ¿Qué sentido tiene este volver una y otra vez a este texto? Volvemos una y otra vez a la contemplación del misterio. ¿Por qué? Si sentimos la necesidad de mirar una y otra vez una misma cosa esto puede ser un gesto de incredulidad: nos parece increíble que este niño nacido en un pesebre sea el Hijo de Dios, el que existe desde antes de los siglos, el Verbo poderoso por el que todo ha sido hecho y sin el que no se hizo nada de lo que se ha hecho. Esta incredulidad puede expresar una resistencia interna a la aceptación del misterio, es decir, una falta de fe. Es lo que significa ese “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”.

Nos puede parecer que esto último no va con nosotros. Son otros lo que no lo reciben. Nosotros sí, nosotros creemos que el niño recostado en el pesebre es el Hijo de Dios. Pero no debemos

precipitarnos. Es verdad que creemos en él, pero también puede ser que no lo hayamos aceptado del todo, que en ciertos aspectos lo estemos rechazando. Esto puede suceder de diversas formas. Así, si la Palabra que escuchamos y contemplamos no se convierte en criterio de nuestra vida, de nuestro comportamiento, si no es la guía de nuestras decisiones. O si decimos creer, pero no acudimos (como los pastores) a adorarlo (o lo hacemos sólo de ciento en viento): no lo recibimos en los sacramentos, en la Eucaristía, en la reconciliación, en la lectura y escucha asidua de la Palabra. O, si lo reconocemos en la humanidad de Jesús, en su presencia sacramental, pero no en esa otra presencia real que son “sus pequeños hermanos”, que sufren hambre, sed, frío, enfermedad, soledad, y no somos capaces de atenderlo. También, si tenemos respecto de ciertas personas concretas o de ciertos grupos humanos prejuicios que nos llevan a excluirlos, a no perdonarlos, a mantener actitudes de odio, de rechazo o de indiferencia... En todos estos casos, nosotros, creyentes, podemos estar rechazando a Cristo. Por eso nos hace falta volver una y otra vez al portal de Belén, para purificar nuestra fe, para que esta fe sea viva, operante, y nos lleve al arrepentimiento, a la generosidad, al perdón, al amor, que es la sustancia de Dios.

Ahora bien, la incredulidad puede ser también (y lo será sin duda) una especie de ceguera producida por el exceso de luz, que nos obliga a restregarnos los ojos para ver y convencernos de lo que nos parece increíble por admirable, por demasiado bueno. También esto nos lleva a volver una y otra vez al portal, a la lectura y relectura de este Prólogo del Evangelio de Juan.

Este retornar a la contemplación del misterio, sea como purificación de nuestra falta de fe, sea por la admiración que este fe nos produce, es la fuente de la luz y de la vida, es el modo (el único modo) que tenemos de adquirir la sabiduría de la que nos habla la primera lectura, y también la carta de Pablo a los Efesios. La sabiduría de Dios que “se gloria en medio de su pueblo, abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de sus Potestades” es esa misma Palabra, por la que todo se hizo, y que Dios nos ha enviado (“habita en Jacob, sea Israel tu heredad”), que se ha hecho carne y ha puesto su tienda entre nosotros.

Hacernos sabios de esta sabiduría que no se adquiere en los libros, sino en el contacto vivo con la Palabra encarnada, exige constancia, perseverancia, paciencia. Por eso volvemos una y otra vez a ella. Así lo hacemos en estos días en que releemos varias veces este Evangelio, pero también a lo largo del año litúrgico, cuando celebramos cada domingo (cada día) la Eucaristía, y cada año volvemos a meditar y contemplar los misterios del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección del Señor; o, en el rezo del breviario (oración oficial de la Iglesia), en que ésta ora cíclicamente con los mismos salmos. Pero no se trata de un “eterno retorno”, como el de los ciclos naturales, sino que es símbolo y expresión de esa perseverancia que nos permite profundizar en la comprensión de misterio, o, por mejor decir, permitimos que la sabiduría de Dios penetre siempre más y más en nosotros.

Se trata de una sabiduría no meramente teórica, sino de un saber vital, por experiencia propia, de un “saborear”, que ilumina nuestros ojos (los ojos de la fe) para que podamos comprender cuál es la esperanza a la que nos llama, cuál la riqueza de gloria que nos da en herencia a nosotros, que, siendo pecadores, sin embargo, por su gracia, somos también santos e irreprochables ante él por el amor.